

JULIO DE 1936, MADRID

**A**rturo Barea estaba tumbado sobre el suelo cubierto de agujas de pino de un bosque en la sierra de Guadarrama, al noroeste de Madrid, con la cabeza apoyada en los muslos de su amante. Era la media tarde del 18 de julio de 1936 y en el aire, que olía a resina, resonaba el canto de las cigarras. Alto, delgado, con el pelo negro peinado hacia atrás y los ojos de un santo de El Greco, aunque con boca sensual, Barea estaba adormilado por el calor y por el vino que María y él habían tomado durante el almuerzo campestre; y también porque, al acabar, habían hecho el amor. Lo que ahora deseaba era cerrar los ojos y entregarse al sueño. Pero María tenía otras cosas en la cabeza, y quería hablar. Esta vez no era de lo mucho que anhelaba que Arturo abandonase a su mujer y a sus hijos para convertirla en una mujer decente, tras seis años de haber sido su secretaria y su amante esporádica; un tema que por lo general culminaba en un punto muerto y en un estallido de llanto. Aquel día quería saber dónde había estado Barea durante toda la noche anterior, y qué cosas había estado haciendo que lo habían tenido fuera tanto del hogar de él como de la cama de ella. Pero los sucesos y las sensaciones de las últimas doce horas estaban aún demasiado frescos como para poder discutirlos con calma. Y aunque Barea se daba cuenta de que el orden de su vida estaba a punto de saltar por los aires, se sentía demasiado agotado como para sopesar las consecuencias.

A los treinta y ocho años, Barea se había construido una vida que era un puro acto de equilibrio. Había nacido muy pobre: su padre, que trabajaba en el servicio de reclutamiento del ejército, murió a los cuarenta años, dejando sin un céntimo a la familia. Para evitar que sus hijos fueran internados en un orfanato, su madre había tenido que lavar

ropa militar en las aguas del Manzanares –en las gélidas mañanas de invierno, tenía que romper la capa de hielo con un mazo de madera–, y luego trabajar como sirvienta de un hermano pudiente. Este se había interesado por el futuro del pequeño Arturo y lo había matriculado en el colegio de las Escuelas Pías. También lo invitaba al circo y al cine, lo llevaba a los tenderetes de libros de la plaza de Callao y lo alentaba en su sueño de estudiar ingeniería; aunque su entusiasmo era menor en cuanto a las aspiraciones literarias del niño, que colaboraba con frecuencia en la revista del colegio, *Madrileñitos*. Pero este hermano había muerto también, y su viuda había decidido olvidarse de la cuñada y sus hijos. Así que Arturo, que todavía era un adolescente flaco, tuvo que ponerse a trabajar, primero como aprendiz en un taller de joyería, y más tarde, una vez aprobados los exámenes de contabilidad, como empleado de la sucursal madrileña del Crédit Lyonnais.

De mente muy despierta, no tardó en ver aumentar su modesto salario. Y si hubiera optado por adular a sus jefes, habría podido ascender en el escalafón del banco en un santiamén. Pero era orgulloso y susceptible –una combinación muy peligrosa–, y le humillaba el trato paternalista de sus jefes, a la vez que se avergonzaba de unos orígenes humildes que él sabía que ellos despreciaban. Por lo demás, coqueteaba con una vocación distinta, la de ser escritor; pero ni las colaboraciones que enviaba a los semanarios de Madrid ni las tertulias que frecuentaba en los cafés literarios parecían llevarle a nada. A los veinte años se afilió al sindicato socialista, la UGT, y pese a que parecía fuera de lugar en las asambleas obreras con su traje de señorito y su corbata, se sentía mucho más cercano a los obreros vestidos con blusones y alpargatas que a los directivos de banca con levita que le miraban con displicencia por encima de sus quevedos. Y fue por la actitud condescendiente de sus jefes, al igual que por su rechazo a lo que consideraba unos beneficios injustos, que decidió largarse del banco el día en que estalló la Gran Guerra, en 1914. Y aunque él mismo logró contra todo pronóstico convertirse en jefe, cuando abrió una oficina de patentes en la parte más elegante de la calle Alcalá, seguía sintiéndose más cerca de los obreros que de los peces gordos. “No sirvo para capitalista”, decía.

Por supuesto que no le desagradaba tener un salario de capitalista ni la cédula personal dorada que lo identificaba como poseedor de unos ingresos muy altos. Pero se empeñó en instalar a su familia en un piso amplio situado en una calle angosta y sinuosa de Lavapiés, el barrio de clase obrera donde había crecido, en vez de trasladarse a los barrios burgueses que prefería su mujer, Aurelia. Le gustaba la idea de vivir en los dos mundos sin pertenecer a ninguno, cosa que había logrado en parte manteniéndose al margen de las luchas políticas de la década anterior. Es cierto que se había unido a los socialistas en 1931, cuando se proclamó la nueva República, y aquel año ayudó a un amigo a organizar un sindicato de empleados de banca; pero había permanecido en un segundo plano, incluso durante el bienio negro, el periodo de dos años en que estuvo en el poder la derecha que ganó las elecciones de 1933. Y a pesar de que lamentaba la corrupción y la explotación que veía a menudo desde su oficina de patentes, se decía que era un engranaje demasiado pequeño en la maquinaria económica como para poder cambiarla.

Sin embargo, las elecciones del febrero anterior le habían impulsado a entrar en acción. Había montado un comité de apoyo al Frente Popular en el pueblo de las afueras de Madrid donde solía pasar los fines de semana con su familia; algo que no había pasado inadvertido para los propietarios de la zona y los oficiales de la guardia civil, la fuerza de policía rural que solía actuar a las órdenes de los propietarios. Y como la situación política se había ido deteriorando en los meses siguientes, con peleas y tiroteos y rumores de golpes y contragolpes, que habían culminado, una semana antes, en el doble asesinato de un teniente socialista de la guardia de asalto, José del Castillo, y del líder de la oposición fascista José Calvo Sotelo, Barea sabía que había llegado el momento de tomar partido.

Con todo, no estaba preparado para lo que había tenido que vivir la noche anterior. En Madrid, los nervios llevaban a flor de piel durante todo el día, con todo el mundo pendiente de la radio –algo muy fácil, ya que el gobierno había colocado altavoces en las esquinas–, porque se habían retransmitido, intercalados entre incongruentes números de música de baile estadounidense, partes de noticias fragmentarias que

hablaban del levantamiento de guarniciones militares aisladas. “No debe cundir el pánico, el gobierno tiene la situación bajo control”. Pero los rumores flotaban por todas partes, y además seguían llegando informes de más alzamientos, e incluso se hablaba de combates callejeros en Barcelona. La gente empezó a reunirse en bares y en cafés. ¿Qué iba a pasar si el gobierno no lograba controlar la situación? ¿Y si estas asonadas preludiaban una campaña de depuración de la izquierda, como ocurrió tras la revuelta de Asturias? ¿Y quién iba a defender a los ciudadanos, si el ejército se levantaba contra ellos? Después de cenar con su familia, Barea había cruzado la calle Ave María rumbo a su bar habitual, el de Emiliano, en el que sonaba a todo volumen en la radio una canción de Tommy Dorsey, “The Music Goes Round and Round”, por lo que los parroquianos tenían que hablar a gritos. Acababa de pedir un café cuando irrumpió la voz del locutor: “La situación se ha agravado. Los militantes de los partidos políticos y los afiliados a los sindicatos deben presentarse en los locales de sus organizaciones”.

El bar se vació en un segundo: los obreros, temiendo que las tropas acuarteladas en la ciudad empezaran a disparar sobre ellos, se echaron a la calle y se pusieron a reclamar armas para su defensa. Barea logró abrirse paso a través de la muchedumbre y llegó a la casa del pueblo del barrio de Chueca, al otro lado de la Gran Vía, donde docenas de sindicalistas voluntarios exigían formar una unidad de defensa. Y aunque tenía poco ánimo para combatir –los cuatro años de servicio militar en Marruecos, durante la rebelión de los rifeños, le habían quitado las ganas de luchar; todavía llevaba encima el hedor de los cadáveres que había visto al entrar en la ciudad sitiada de Melilla–, tampoco estaba dispuesto a aceptar a los fascistas, ni mucho menos a dejarse vencer por ellos. Así que se había pasado toda la noche en la casa del pueblo, enseñando a los hombres que nunca habían tenido un arma en sus manos a cargar y disparar un Máuser como el que él había tenido que usar en su batallón de ingenieros. Si los fascistas intentaban tomar Madrid, habría que luchar a muerte. Pero el gobierno tendría que distribuir antes armas entre los milicianos, para que al menos pudieran luchar.

Entretanto, el gobierno, reunido en sesión extraordinaria, había quedado disuelto, dando paso a otro gabinete, en el que algunos ministros eran partidarios de un acuerdo con los sublevados y otros exigían represalias. Hasta que al amanecer se anunció por la radio: “Se está diseñando un ejecutivo que aceptará la declaración de guerra del fascismo al pueblo español”. Se oyeron aclamaciones en la casa del pueblo, y luego salió el sol en un cielo sin nubes. Todo el mundo se fue a su casa, o al café a desayunar. Al salir, Barea vio que las calles estaban vacías y silenciosas: parecía un domingo de verano como otro cualquiera. Barea se permitió imaginar que quizá los sublevados iban a deponer su actitud y todo volvería a la normalidad, si es que aún podía hablarse de normalidad. Sin saber qué hacer, decidió llevarse a María a pasar el día en la sierra, tal como le había prometido el viernes, hacía ya una eternidad.

Pero ahora lamentaba haber tomado aquella decisión. Se preguntaba qué habría ocurrido durante la mañana en la capital y en el resto del país; pero María no era una persona con la que pudiera compartir sus preocupaciones. Cuando la chica había entrado a trabajar en la oficina de patentes, seis años antes, Barea se había hecho la ilusión de compartir con ella sus ideas y sus sueños, lo que no podía hacer con Aurelia, para quien la ideología de su marido era una barrera que le impedía acceder a la clase social que ella anhelaba, y que creía que no era propio de un hombre tener una mujer que, además de compartir la cama con él, fuera su amiga. Barea había hecho de su secretaria María su confidente; y, a pesar de que las confidencias se convirtieron en citas amorosas y ellos en amantes, Aurelia lo pasaba por alto. Para su mentalidad era admisible que un marido tuviera amantes siempre que no tuviera hijos con ellas. Pero María no quería ser la confidente de Barea; lo que quería era ocupar la posición de Aurelia. Y ahora Barea se daba cuenta, con amargura, de que estaba atrapado entre dos mujeres y no amaba a ninguna de las dos.

Agobiado por ello, y preocupado por lo que pudiera estar sucediendo lejos de aquella colina, Barea se levantó. A las cinco partía un tren hacia Madrid y quería tomarlo. María lo acompañó de mala gana hasta el pueblecito de abajo, y entraron a tomar una cerveza en el bar de

la estación. Barea charló un rato con un conocido suyo, un empleado de imprenta con el que había coincidido en una de sus reuniones del partido socialista y que pasaba los veranos en el pueblo por razones de salud. Una pareja de guardias civiles, con la guerrera desabrochada y el tricornio de charol sobre la mesa, jugaba a las cartas frente al ventanal. Cuando Barea y María salieron del bar para coger el tren, uno de ellos se puso en pie, cerrándose la guerrera, y los siguió hasta la calle. Después de cortarles el paso, le pidió la documentación a Barea. Cuando vio la cédula dorada enarcó las cejas. ¿Cómo era posible que un señorito conociera a un sindicalista como aquel impresor?, preguntó receloso. Algo le indicó a Barea que debía mentir, y le dijo que eran amigos de la infancia. El guardia lo cacheó por si llevaba armas y luego lo dejó partir.

Barea sabría más tarde que se había salvado por los pelos. Al día siguiente los guardias ocuparon el pueblo en nombre de los sublevados y fusilaron al impresor en una cuneta. Pero de momento lo único que sabía era que el tren había llegado a la estación del Norte y que la ciudad que se habían encontrado María y él no parecía la misma. En los alrededores de la estación el tráfico se había colapsado: los camiones repletos de sindicalistas cantando himnos revolucionarios iban en una dirección, cruzándose con los coches de lujo llenos de madrileños ricos y cargados de equipaje que iban en la otra, hacia el norte y la frontera francesa. En las calles había controles. Cuando pasaban los coches oficiales de los partidos, la gente saludaba con el puño en alto. En todas las esquinas, los milicianos armados les pidieron la documentación a Arturo y María. Por todas partes flotaba un olor acre que Barea no pudo identificar, hasta que dejó a María en el piso que ella compartía con su madre, su hermano y su hermana menor, y se dirigió a toda prisa a la calle Ave María. Allí descubrió que ardían todas las iglesias del barrio, entre ellas la capilla del colegio de las Escuelas Pías al que había ido cuando niño. La muchedumbre se agolpaba frente a las iglesias en llamas y gritaba de júbilo cada vez que las vetustas piedras siseaban y rechinaban y las cúpulas o los campanarios se derrumbaban sobre el pavimento. Algunos de los mirones le contaron que los fascistas habían disparado a la multitud desde los

campanarios o que habían escondido armas en las sacristías. “¡Bah! No te apures –dijo uno con el lenguaje vulgar que se acostumbraba a usar al hablar de los curas y sus sotanas negras–. Sobran tantas cucarachas”. Barea no sentía ningún afecto por la Iglesia católica –por la buena relación de esta con los latifundistas y los banqueros, por su riqueza institucional en un país tan pobre, y por su ortodoxia opuesta a toda especulación intelectual–, pero le abochornó aquella destrucción salvaje. Volvió apesadumbrado a su hogar, donde le esperaban Aurelia y los niños.

A la mañana siguiente, con las primeras luces, le despertaron unos gritos en la calle. Al bajar corriendo, se enteró de que la noche anterior se había concentrado una multitud en torno al cuartel de la Montaña, una edificación militar que daba al río Manzanares y que quedaba a kilómetro y medio en dirección oeste, donde los oficiales sublevados se habían parapetado con cinco mil soldados y un arsenal. Al parecer, habían planeado lanzar un ataque coordinado contra Madrid en unión de otras guarniciones sublevadas; pero los aviones leales al gobierno habían empezado a bombardear el cuartel, y unos camiones de reparto de cerveza habían conseguido transportar piezas de artillería con las que se estaba abriendo fuego contra los sublevados. Con curiosidad, pero también con miedo por lo que pudiera encontrarse allí, Barea consiguió subirse a un coche con otros milicianos y llegó a la calle Ferraz, que corría paralela al campo de maniobras del cuartel, en el que había tenido que hacer la instrucción dieciséis años antes, cuando era un recluta destinado a Marruecos.

Vio que el baluarte estaba rodeado por lo que parecían miles de hombres; se oían los estampidos de los disparos de mosquetón y el tableteo de las ametralladoras. Tuvo que esconderse tras un árbol, porque era una locura estar allí sin un arma, pero no podía irse, habiendo tanto en juego. Delante de él, dos hombres discutían sobre a quién le tocaba disparar un revólver viejo contra los muros imponentes del cuartel. Más allá, un oficial de la guardia de asalto ordenaba desplazar una pieza de artillería del siete y medio para que los sitiados creyeran que los asaltantes contaban con muchos cañones, cuando en realidad tenían apenas unos pocos. De repente apareció una bandera

blanca en una de las ventanas del cuartel. La muchedumbre, creyendo que había llegado la hora de la victoria, avanzó hacia el edificio, arrastrando a Barea. Pero entonces empezó a disparar una ametralladora desde los muros. A ambos lados de Barea, algunos atacantes se encogieron y cayeron al suelo. La gente se puso a chillar, a correr, a reagruparse. Y luego, por sorpresa, se volvieron todos a la vez, y con la ayuda de un gigantesco ariete se abalanzaron contra las puertas del cuartel, que cedieron ante el empuje.

La oleada de asaltantes llevó a Barea al interior. En el patio cundía el caos: la gente chillaba, corría, disparaba. Al levantar la vista a una de las galerías que daban al patio principal, vio a uno de los atacantes, un gigantesco Goliat, agarrando a un soldado y luego a otro y arrojándolos como peleles al vacío. En la armería los milicianos se apoderaron de las cajas llenas de mosquetones y pistolas y las fueron distribuyendo entre sus camaradas. Al otro lado del patio se encontró con una imagen mucho más siniestra: en la sala de oficiales había docenas de hombres uniformados –algunos de los cuales tenían la misma edad que su hijo mayor– yaciendo en mitad de un charco de sangre.

Barea salió del cuartel con la sensación de que se iba desvaneciendo la excitación que había sentido durante el asalto. Fuera, en la explanada de hierba que servía de plaza de armas, había centenares de cadáveres de hombres y mujeres, inmóviles al sol del mediodía. Cuando se internó en los jardines de la calle Ferraz, solo pudo pensar en lo tranquilo que se estaba allí.

Durante los días siguientes, Barea siguió con su rutina habitual. Continuó yendo a la oficina, donde él y su jefe, a pesar de la súbita desaparición de algunos compañeros y de la falta de servicio de correos, decidieron seguir trabajando mientras hubiera patentes que registrar o proteger. Por las noches volvía a su casa con Aurelia y sus hijos. Pero era evidente que las cosas distaban mucho de la normalidad. En algunas oficinas del edificio de la suya, de la calle Alcalá, los dueños de los negocios habían abandonado sus empresas y se habían lleva-



do todos los fondos al extranjero; y las compañías que pertenecían a personas con fama de ser simpatizantes de los fascistas iban a ser requisadas. En cualquier caso, no eran ya los jefes quienes iban a hacerse cargo de las cosas, sino los empleados o el comité sindical; o eso decían los milicianos que se presentaron el martes en el edificio y fueron registrando las oficinas para comprobar quiénes estaban allí y qué hacían. De hecho, había milicianos voluntarios por todas partes, hombres y mujeres vestidos con monos azules de faena y cubiertos con gorras rematadas por borlas y llevando los fusiles en bandolera, siempre levantando el puño según el saludo del Frente Popular. Todas las mañanas salían camiones cargados de hombres rumbo a la sierra, para luchar en las escaramuzas con las tropas sublevadas que intentaban llegar a Madrid desde el noroeste; otros se quedaban en la ciudad y paraban a la gente en los controles para verificar su identidad. Una tarde, cuando volvía a su casa, Barea tuvo que guarecerse de los disparos de unos milicianos que perseguían por los tejados a un sospechoso. Y cuando llegó a Lavapiés se encontró con más milicianos que habían asaltado el piso de unos simpatizantes de los sublevados y arrojaban los muebles y los enseres a la calle.

El miércoles por la noche el gobierno anunció por radio que la insurrección había sido prácticamente derrotada y Barea fue con su hermano Miguel a celebrarlo al café de la Magdalena, un antiguo tablao flamenco. Pero sintió repulsión por la muchedumbre de chulos y prostitutas que llenaba el café, así como por los trabajadores borrachos que llevaban una pistola nueva metida en el cinto del mono. La mitad de los presentes cantaba *La Internacional*, el himno comunista, como si fuera una canción de borrachos, mientras que la otra mitad intentaba acallarlos con proclamas anarquistas y amenazaba con empezar una pelea. Así que Barea y su hermano fueron a la taberna de Serafín en la calle Ave María, donde Barea acabó charlando con un desconocido que le contó que se había pasado todo el día cazando fascistas, que luego llevaban a la Casa de Campo, el inmenso parque que había sido coto de caza del rey y que aún albergaba mucha fauna salvaje.

—¡Como corderitos! —se jactó el hombre—. Un tiro en la nuca y en paz.